

## RESEÑAS / REVIEWS

**Xabier Arrizabalo, *Chile: milagro o quimera. Significado histórico del modelo económico de la dictadura a 50 años del golpe*, Instituto Marxista de Economía, Madrid 2023, 2ª ed., 353 páginas, ISBN: 978-84-09-17753-0.**

Las noticias que nos llegan desde Chile se han multiplicado en los últimos tiempos. Da la impresión de que la historia se ha acelerado en este país latinoamericano en un proceso convulso que comenzó con grandes esperanzas y parece encontrarse sumido en una profunda decepción.

En octubre de 2019, la subida del precio del transporte público en Santiago hizo rebosar el vaso de una indignación social de treinta años que se materializó en manifestaciones masivas de trabajadores y estudiantes, movilizaciones contra el nefasto sistema privado de pensiones pinochetista aún en vigor y una gran huelga general. Ante esta situación, el gobierno derechista del multimillonario Sebastián Piñera, hermano del ministro de Pinochet responsable precisamente de esa privatización de las pensiones públicas, desató una feroz represión policial y militar con gravísimos atentados contra los derechos humanos de la población chilena que provocaron miles de heridos, decenas de muertos y numerosos casos de tortura.

Como consecuencia directa de esta situación, se inició en 2020 un proceso constituyente hacia una nueva Constitución que superara, por fin, la Carta Magna vigente, heredera directa del régimen de Pinochet. Y, en 2021, fue elegido presidente Gabriel Boric, candidato de una coalición amplia de izquierdas que parecía suponer un cambio definitivo de rumbo en la historia del país.

Sin embargo, en 2022 el pueblo rechazó la propuesta de nueva Constitución emanada de una convención de mayoría progresista y, en 2023, ha votado por un consejo constitucional con claro dominio de la derecha. Al mismo tiempo, el gobierno Boric ha sufrido un notable deterioro de su apoyo social, lo que ha llevado a un auge de su rival, el ultraderechista José Antonio Kast. ¿Cómo comprender todo esto?

La única forma de conseguirlo es profundizar en los procesos sociales y políticos desde una mirada materialista y crítica que, sobre la base del método marxista, permita una visión holística y honesta de la evolución de la lucha de clases. Eso es, precisamente, lo que hace la obra *Chile: milagro o quimera*, de Xabier Arrizabalo.

El profesor Arrizabalo enseña crítica de la economía política en la Universidad

Complutense de Madrid desde hace más de 25 años y es un referente del marxismo tanto en España como en América Latina. En su labor como docente y científico social dirige el Diploma de Formación Continua de la UCM *Análisis crítico del capitalismo: el método marxista y la economía mundial actual*, codirige el grupo de investigación *Economía política: capitalismo y desarrollo desigual*, forma parte del Grupo de Trabajo de CLACSO *Crisis y economía mundial* y de la Sociedad Latinoamericana de Economía Política y Pensamiento Crítico (SEPLA) y coordina la *Red Iberoamericana de Investigación sobre la Economía Política del Mercado de Trabajo y la Seguridad Social* de la Asociación de Universidades Iberoamericanas de Posgrado (AUIP).

En este libro, el autor retoma, amplía, profundiza y actualiza el análisis de la economía chilena que inició con la publicación de su primera obra sobre este país en 1995 (ARRIZABALO, 1995). Y lo hace en un prólogo, ocho capítulos y un epílogo en los que desarrolla con plenitud y solvencia una crítica sólida tanto a la historia económica, social y política de Chile hasta hoy como, sobre todo, al supuesto «milagro económico» de la dictadura de Pinochet.

El prólogo se sitúa en el Chile actual y plantea las preguntas clave sobre lo que está ocurriendo allí y la necesidad ineludible de desplegar un análisis con perspectiva histórica para comprenderlo. Un análisis que debe centrarse lógicamente en el modelo económico pinochetista, tanto por su brutalidad y sus consecuencias en el propio periodo dictatorial (1973-1990), como por los efectos de la falta de ruptura real posterior con el régimen. Pero que, por supuesto, ha de echar también la vista atrás para explicar con solvencia el periodo inmediatamente anterior de gobierno de la Unidad Popular (1970-1973), los años previos de reformismo democristiano (1964-1970) y el origen y la evolución del capitalismo en Chile desde el siglo XIX.

El primer capítulo, *Introducción*, explica con claridad y concisión los fundamentos del marxismo en el que basa su análisis. Y, para ello, aclara con rotundidad algo de enorme importancia: el marxismo es un método, no un dogma ni una doctrina. Un método que, como aclara Gill en su memorable obra, permite comprender la realidad sin velos ni mistificaciones, a partir de una forma dialéctica de pensar y una concepción materialista de la historia (GILL, 2022). Un método que, por sus propias características, resulta tan útil y necesario para la clase trabajadora como peligroso para la clase explotadora por una razón muy sencilla: permite a los explotados comprender las verdaderas causas de sus problemas. Un método que es la antítesis de esa caricatura llamada marxismo-leninismo en que fue convertido durante el estalinismo.

El segundo capítulo, *El subdesarrollo y la crisis*, expone de forma concisa las herramientas metodológicas clave de la ciencia económica que le permitirán al autor explicar después la configuración de la formación socioeconómica chilena como subdesarrollada. Para ello, aclara los conceptos de desarrollo desigual y combinado, productividad, fuerzas productivas y subdesarrollo. Fundamenta la comprensión de este último sobre la base de ideas fundamentales heredadas del método marxista y de ciertas aportaciones dependencistas y estructuralistas, como la extravención, la desarticulación, la subordinación comercial, productiva

y tecnológica, el deterioro constante de la relación real de intercambio y la polarización social que caracterizan a las economías subdesarrolladas.

En ese mismo capítulo, y sobre la base de las herramientas desplegadas, plantea el escenario histórico de la economía mundial en el que se enmarca el golpe de Estado de 1973 en Chile, que no es otro que el del imperialismo estadounidense y los procesos de ajuste estructural. Este marco histórico es especialmente importante para poder comprender en profundidad las razones que están detrás de la imposición por parte de la CIA de las dictaduras de los años setenta y ochenta, tanto en Chile como en otros muchos países latinoamericanos.

El tercer capítulo, *Desarrollo de la lucha de clases en Chile hasta 1970*, explica sucintamente la conformación de la economía chilena como subdesarrollada a partir de la imposición del capitalismo y del proceso histórico concreto de la lucha de clases en este país. Para ello, el autor divide la historia económica general de Chile en tres grandes periodos: la etapa colonial del siglo *xvi* hasta la independencia política de 1810, caracterizada por la dependencia de la monarquía hispánica, la etapa imperialista de subordinación al Reino Unido, de 1810 hasta los años veinte y treinta del siglo *xx*, y la etapa imperialista bajo dominio estadounidense desde entonces hasta la actualidad.

El capítulo permite comprender cómo Chile se insertó de forma subordinada en la economía mundial ya desde la conquista española. Primero, como exportador de productos agrícolas y materias primas con destino a Europa y con una burguesía criolla incapaz de poner en marcha un proceso de industrialización por la oposición de la metrópoli. Luego, en el siglo *xix*, tras las guerras de independencia derivadas de ese antagonismo, como exportador de cereales y metales (con al auge definitivo del cobre) hacia Gran Bretaña, que mantuvo el control sobre el comercio exterior del país y lo condenó a continuar con su estructura primario-exportadora. Las crisis decimonónicas empujan a sucesivas guerras con Perú y Bolivia de la mano de Reino Unido, que acaban con la anexión de Atacama, lo que da inicio al dominio de los nitratos en la estructura comercial chilena. Ya en el siglo *xx*, la crisis que provoca en el sector exportador la invención del nitrato sintético hace que el cobre retome su preponderancia y siga perpetuando el carácter dependiente de la economía chilena.

Tras el brutal impacto de la Gran Depresión en Chile, se intentó poner en marcha un proceso de industrialización por sustitución de importaciones auspiciado por el Estado que, en sus primeras etapas, las más sencillas, fue relativamente exitoso, pero que jamás consiguió crear una industria nacional que pudiera modificar el lugar de la economía chilena en la división internacional del trabajo. Así, el país llega al periodo de dominación mundial del imperialismo estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial manteniendo su marcado carácter subordinado; un carácter que se verá agravado por una creciente dependencia financiera del exterior.

En todo momento, el propio carácter subordinado de la economía chilena ha generado una estructura productiva caracterizada por una alta concentración y centralización del capital, una presencia amplia y muy influyente de capital extranjero y, por supuesto, una deformación crónica de todo el sistema productivo

derivada de su focalización hacia la exportación de materias primas.

A su vez, la estructura social de Chile ha estado fuertemente marcada por la ausencia de un verdadero desarrollo económico y se ha traducido en fenómenos que devienen estructurales: paro masivo, empleo de baja calidad, escasa cualificación de la fuerza de trabajo, gran concentración de ingresos y riqueza, mercado interno muy estrecho, problema crónico de inflación, etc. El resultado no es sólo una enorme desigualdad distributiva, sino una incidencia muy elevada de la pobreza entre amplias capas de la población.

La comprensión de este largo periodo de la historia quedaría mutilada si no se analizara con el detalle suficiente la historia del movimiento obrero que se va desarrollando en el marco de este capitalismo subordinado. Para ello, el autor estudia la apasionante historia de la formación de la clase trabajadora chilena y su continua lucha, así como la de los pueblos originarios, cuya resistencia está indisolublemente unida a la del movimiento obrero. Así, explica cómo las luchas de clase están ligadas desde sus inicios con una particularidad de la economía chilena: la importancia determinante del sector minero. Este movimiento obrero toma la forma de organizaciones sindicales desde finales del siglo XIX y, a pesar del intento de imposición del nacionalismo reaccionario por parte de la burguesía en la clase trabajadora, logra cristalizar la vía de la lucha política en el umbral del cambio de siglo. En ese proceso, el autor recuerda la importancia de las mancomunales, agrupaciones obreras singulares de la historia chilena, y destaca la enorme figura histórica del líder sindical y político marxista Luis Emilio Recabarren, fundador del Partido Comunista de Chile.<sup>1</sup>

El cuarto capítulo, 1970-1973: *revolución y contrarrevolución ante los límites de la Unidad Popular*, analiza en profundidad el gobierno de Allende. Y, para ello, escapa tanto de los homenajes acríticos, casi panegíricos, de ciertas izquierdas como de los discursos de odio, casi apocalípticos, lanzados por las derechas. El resultado es un análisis en el que se explican los logros de este periodo para la clase trabajadora, pero también los límites y las decepciones de una experiencia sometida a la doble contradicción de su núcleo reformista socialdemócrata y la presión contrarrevolucionaria de sus componentes estalinistas.

Este capítulo comienza estudiando el gobierno reformista burgués de la Democracia Cristiana de Eduardo Frei (1964-1970), antecesor inmediato de la victoria electoral de Allende. Este gabinete pretendía aunar los intereses de las clases dominantes con algunas concesiones a la clase trabajadora para evitar su movilización social y política. Esta estrategia, plenamente coherente con la orientación de subordinación sostenible marcada por Estados Unidos en la Conferencia de Punta del Este de 1961, pretendía retomar una suerte de crecimiento hacia dentro basado en una alianza entre clases sociales. Sin embargo, aun con algunos gestos destacables, como la nacionalización de la mayoría del sector del cobre (con condiciones de compra muy ventajosas para las multinacionales propietarias hasta entonces), lo cierto es que no se avanzó en aspectos cruciales,

<sup>1</sup> Víctor Jara le dedicaría la canción *A Luis Emilio Recabarren* en su inolvidable cuarto álbum *Pongo en tus manos abiertas*.... En este disco, Jara también denunció la masacre de Puerto Montt que mencionamos después.

como la reforma agraria, ni se revirtieron los problemas fundamentales, como la dependencia externa, la oligopolización o la desigualdad. Y no sólo eso, sino que tomó posiciones claramente reaccionarias ante iniciativas obreras de resistencia, como la infame masacre de Puerto Montt de 1969.

La victoria electoral de la Unidad Popular (UP) liderada por Allende el 4 de septiembre de 1970 sólo puede ser comprendida como el resultado de un proceso de conflicto social en el que las clases obreras y populares toman conciencia y se movilizan por medio de organizaciones obreras sindicales, como la Central Única de Trabajadores (CUT), partidos de masas, como el Partido Comunista y el Partido Socialista, entre otros, y movimientos como los de los pueblos originarios y las mujeres trabajadoras. Por tanto, se trata de un proceso que no sólo se autodenominó «vía chilena hacia el socialismo», sino que tuvo como motor esencial la organización política de los trabajadores. Sin embargo, ya desde sus inicios, el gobierno de la Unidad Popular se caracterizó por no poner en cuestión la institucionalidad burguesa, como evidencia el Estatuto de Garantías Constitucionales que supeditaba la pretendida reforma constitucional al respeto del orden capitalista y que los diputados democristianos exigieron para abstenerse en la votación y permitir, así, el nombramiento presidencial de Allende.

Aunque el fundamento ideológico de las organizaciones que sustentaban la UP aunaba una orientación abiertamente revolucionaria con otra de corte reformista, lo cierto es que la posición predominante era la segunda y abogaba por una alianza con la pequeña burguesía, lo que incluía posibles acuerdos con la Democracia Cristiana.

En todo caso, la victoria de la UP provocó una reacción virulenta por parte del capital en forma de boicot financiero y productivo que acabó provocando graves problemas económicos como desabastecimiento, especulación, caída de la inversión, fuga de capitales y, finalmente, una fuerte inflación que deterioró los salarios reales. Todo ello se vio agravado tanto por la situación económica mundial, que hizo caer los precios del cobre, como por la política gubernamental apoyada en la emisión monetaria sin respaldo o el endeudamiento público. Y, por supuesto, sin olvidar el papel activo de los Estados Unidos en una estrategia criminal dirigida a infligir el máximo daño posible a la población chilena que tendría su primera y fracasada manifestación abiertamente militar en el fallido golpe de junio de 1973, conocido como el «tanquetazo».

Ante esta grave situación, el Gobierno tenía dos alternativas posibles. La primera serviría para avanzar hacia un mayor poder de la clase obrera mediante la expansión del área social, mayores tributos, mayor control de las variables macroeconómicas y acceso de la clase trabajadora al poder de gestión, todo ello destinado a una racionalización de la inversión y a impedir la especulación. Y todo ello en un marco de rechazo del imperialismo estadounidense y de la carga de la deuda. La segunda alternativa pretendía recobrar la confianza de la burguesía por medio de garantía de ganancias del capital, la limitación de las áreas de propiedad social y el bloqueo a cualquier iniciativa de control obrero.

Finalmente, el gobierno Allende, bajo la influencia decisiva del Partido Comunista, optó por la segunda vía, cerrando el camino revolucionario desde el

poder político institucional. Sin embargo, esto no significó el fin de la Revolución chilena. Muy al contrario, el proceso revolucionario alcanzó cotas inéditas en la historia del país gracias a multitud de iniciativas surgidas directamente del corazón de la clase trabajadora. Es el caso de los Cordones Industriales, un proceso de gran calado impulsado por los propios trabajadores al margen del Gobierno que trató de conseguir el control obrero de las empresas no sólo por medio de la gestión, sino de la propiedad. Estos Cordones Industriales se fueron extendiendo y ampliando su importancia y lograron demostrar en muchos casos la capacidad de la clase trabajadora de dirigir con éxito la producción sin necesidad de los capitalistas ni los directivos, vislumbrando de ese modo el evidente potencial de una planificación económica democrática. Además, lograron conformar un embrión de poder obrero que, de no haber sido bloqueado por el gobierno, podría haber configurado un «poder económico dual», es decir, «el control obrero bajo el régimen capitalista, bajo el poder de la burguesía», en palabras de TROTSKI (1931).

La tesis principal de esta obra en relación con el periodo de gobierno de la Unidad Popular es, por tanto, que la derrota de la Revolución chilena se debió a la inexistencia de un partido obrero realmente revolucionario, independiente del poder burgués, que pudiera aglutinar y fortalecer los movimientos obreros de emancipación que estaban en marcha y que habían surgido gracias a que la clase trabajadora estaba alcanzando un notable grado de conciencia social revolucionaria.

El quinto capítulo, *Origen, caracterización y fundamentos del modelo económico de la dictadura en Chile*, centra el foco en el mecanismo de política económica aplicado sistemáticamente por la Junta Militar de Pinochet. Un mecanismo que se impuso por medios militares mediante un golpe diseñado desde Estados Unidos, algo que se repetiría en Uruguay o Argentina en los mismos años. Los basamentos teóricos se encuentran en las propuestas monetaristas de la llamada Escuela de Chicago, entre cuyos autores más conspicuos encontramos a Hayek o a Friedman, que asesoraron personalmente al gobierno golpista y defendieron la necesidad de imponer una dictadura «liberal» para impedir el acceso al poder de la clase trabajadora en Chile.

La base del modelo, al que suele identificarse como la versión más dura del «neoliberalismo», se encuentra en un texto paradigmático: *El ladrillo: bases de la política económica del régimen militar*, cuyas líneas maestras fueron elaboradas por economistas de la Universidad Católica de Chile fuertemente vinculados a la Universidad de Chicago. Los elementos básicos de este modelo son bien conocidos. Por un lado, es característica la aplicación de políticas coyunturales muy reaccionarias que toman la forma de una tributación fuertemente regresiva, recortes en el gasto social y una política monetaria restrictiva destinada al control de la inflación por medio de la contracción de la oferta monetaria y la subida de tipos de interés, tal como defienden las teorías monetaristas. Por otro lado, se imponen tres grandes contrarreformas estructurales: privatizaciones de empresas y servicios públicos, desregulación radical del mercado laboral y una apertura externa acelerada e indiscriminada. El objetivo final de estas políticas no es otro que tratar de favorecer la tasa de ganancia del capital por medio de

la degradación del salario directo, el disciplinamiento de la fuerza de trabajo y la mutilación del salario diferido e indirecto. Todo ello se puede resumir en un concepto específico, el del *ajuste permanente*, una política económica característica del estadio imperialista del capitalismo dirigida por el capital financiero.<sup>2</sup>

El sexto capítulo, *La aplicación del modelo económico*, explica detenidamente hasta qué punto y de qué manera se pusieron en marcha los axiomas monetaristas del modelo del régimen militar. Para ello, el autor divide el periodo dictatorial en dos grandes etapas: 1973-1981 y 1981-1990.

En la fase 1973-1981, las políticas coyunturales se centran en el control de la inflación. En un primer momento, hasta 1976, se utiliza el llamado «enfoque monetarista de economía cerrada», en el que se aplica el dogma según el cual la subida de precios se debe únicamente al exceso de emisión monetaria que se da por culpa de un excesivo gasto público. Para solucionarlo se liberalizan la mayor parte de los precios, se devalúa el tipo de cambio, se reprimen los salarios mediante la liquidación de la regulación de las relaciones laborales, se reduce drásticamente el gasto público y se aplica una política monetaria fuertemente restrictiva. Asimismo, se devuelven las tierras recuperadas y las empresas nacionalizadas a sus anteriores propietarios, se elimina gran parte de la regulación de los mercados financieros, se liberalizan las tasas de interés y se privatiza la banca pública. De igual modo, se eliminan muchos monopolios públicos. Si bien en esta etapa ya se pone en marcha una apertura comercial radical, sin embargo, no se procede aún a la apertura financiera, razón por la que se conoce como etapa de economía cerrada.

En 1976, las medidas antiinflacionarias aplicadas evidencian su rotundo fracaso. El déficit fiscal, los salarios y la demanda se han hundido y, sin embargo, la subida de precios supera el 200% ese mismo año. Ante esto, el gobierno cambia de rumbo y decide centrar su política económica en los tipos de cambio en una etapa conocida como «enfoque monetarista de economía abierta». Primero, mediante fuertes revaluaciones del peso y, a partir de 1979, mediante el anclaje de la moneda al dólar estadounidense. La inflación se reduce gracias al abaratamiento de las importaciones, pero no antes de que se dé un sensible deterioro del tipo de cambio real que perjudica seriamente la producción nacional y bloquea cualquier posibilidad de desarrollo industrial. El PIB experimenta, sin embargo, un fuerte repunte que, en realidad, no es sino la recuperación de las caídas previas y que, además, se sostiene sobre subidas del precio del cobre, sin que haya una mejora de la inversión. Por otro lado, continúan las contrarreformas estructurales, que en este periodo se concretan en dos leyes de fortísimo impacto social de larga data: el Plan Laboral de 1979 y la creación de las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP) de 1981. El Plan Laboral supone legalizar el desmantelamiento de los derechos conquistados por los trabajadores hasta el golpe de 1973, con retrocesos en todos los ámbitos, incluyendo la negociación colectiva o el derecho de huelga. Por su parte, la creación de las AFP consiste en la sustitución del sistema de pensiones públicas por un mecanismo de capitalización individual gestionado

<sup>2</sup> El ajuste permanente y el proceso crisis-ajuste-crisis son ampliamente desarrollados conceptual e históricamente por el mismo autor (ARRIZABALO, 2014).

por empresas privadas; es decir, el desmantelamiento de este elemento clave de la seguridad social. Las consecuencias para la clase trabajadora chilena han sido y siguen siendo terroríficas, con una degradación radical de las pensiones percibidas que ha arrasado por completo con el derecho a un salario de vejez digno. De ahí que una de las principales reivindicaciones de las movilizaciones desde 2019 fuera precisamente la abolición de este nefasto sistema de pensiones privatizado bajo el lema «No + AFP».

En 1981, estalla una grave crisis económica en Chile derivada de las políticas especulativas e improductivas de los años previos, entre las que la apertura financiera tiene un papel relevante, y que se habían podido sostener solamente a partir del recurso al endeudamiento exterior. El paro, la degradación, los términos del intercambio, el déficit comercial y los tipos de interés se disparan, hundiendo el PIB. Por supuesto, la desigualdad de ingresos y la polarización social no hacen más que aumentar, lo que, unido al autoritarismo criminal del régimen, supone un empeoramiento histórico de las condiciones de vida de la clase trabajadora chilena.

La situación obliga al gobierno a cambiar sus medidas económicas coyunturales a partir de 1981, aunque manteniendo en lo esencial las políticas estructurales regresivas. El objetivo ya no es la estabilización interna, sino la externa, lo que pasa por un giro radical en la política cambiaria desde el anclaje al dólar hacia sucesivas devaluaciones del peso. Por otra parte, el Estado –que en realidad no sólo no había reducido su influencia sobre la economía, sino que la había incrementado sobre la base del poder político dictatorial– abandona en parte el credo monetarista para aumentar su grado de intervención en la actividad financiera interna y también en los intercambios con el exterior, aplicando un proteccionismo selectivo. Este cambio muestra con claridad algo que resulta evidente para cualquiera que quiera analizar la realidad objetivamente: la teoría económica no marca la pauta de las políticas económicas, sino que los intereses de la clase dominante prevalecen sobre cualquier dogma teórico. De hecho, la norma no es que la teoría determine las políticas económicas, sino que las políticas económicas utilizan la teoría para legitimarse.

A lo largo de los años ochenta, Chile firma sucesivos acuerdos con el FMI para conseguir financiación con la que reequilibrar su maltrecha economía, aunque siempre bajo la condicionalidad propia de este tipo de programas. Esa condicionalidad incide en la expansión de las privatizaciones y permite que la deuda se pague en gran medida mediante mecanismos de capitalización o conversión de deuda. El resultado de ambos factores es la progresiva desnacionalización de la base productiva del país y una profundización del proceso de oligopolización del capital y de concentración del ingreso, así como una importante degradación de las condiciones laborales y del salario en todas sus formas (directo, indirecto y diferido).

El séptimo capítulo, *Resultados del modelo económico de la dictadura: ni milagro ni desarrollo*, sirve como balance de las consecuencias reales de la aplicación del modelo. Para ello, se divide el análisis en tres facetas que inciden en tres de los grandes mantras que suelen esgrimir los defensores del supuesto «milagro

económico» chileno: el crecimiento del producto, la estabilidad monetaria y el auge exportador.

En primer lugar, la obra evidencia que, a pesar de la propaganda, el crecimiento del PIB no fue elevado a lo largo de la dictadura. Muy al contrario, fue inferior tanto en términos generales como per cápita a la década anterior y, además, estuvo sujeto a una fuerte volatilidad. De hecho, los dieciséis años de dictadura atesoran el dudoso mérito de reunir dos de las tres mayores caídas del PIB del siglo xx en Chile: -12,9% en 1975 y -14,1% en 1982. Además, tomando el periodo en su totalidad, la tasa de crecimiento promedio del PIB es del 3,1%, prácticamente similar al 2,9% del conjunto de Latinoamérica. Detrás de esta situación encontramos bajas tasas de inversión, elevadas cifras de desempleo y una fuerte desindustrialización, entre otros muchos desequilibrios.

En segundo lugar, el heroico control de la inflación que se supone que consiguió la dictadura gracias a la aplicación del dogma monetarista tampoco es cierto. La caída de la inflación a partir de los setenta no sólo se da también en la mayor parte del resto del mundo, sino que Chile no destaca por logros sustanciales. De hecho, la tasa promedio interanual a lo largo de la dictadura, incluso sin contar los tres primeros años de hiperinflación, está por encima de la inflación de las tres décadas anteriores. Los logros en este aspecto resultan aún más magros si tenemos en cuenta que el Estado dictatorial disponía de palancas autoritarias con las que no contaban otros muchos países. Y más aún si recordamos el fraude que se dio en la metodología de medición de la evolución de los precios.

En tercer lugar, el tan cacareado incremento de las exportaciones sí se produjo, como evidencia el considerable aumento cuantitativo a lo largo del periodo. Sin embargo, la inserción exterior mantuvo el perfil primario-exportador de la economía chilena, perpetuando la dependencia comercial y productiva sobre la base de una indiscriminada apertura comercial inédita en Latinoamérica. Es cierto que el peso del cobre en las exportaciones cayó, pero no en favor de otros sectores más industrializados, sino de rubros como el pesquero, el forestal y el hortofrutícola. Por esa razón, la balanza comercial se mantuvo deficitaria hasta la crisis de 1981, situación que sólo se pudo mantener gracias a la entrada masiva de capital extranjero. A partir de ese año, las importaciones disminuyeron como consecuencia de un mayor proteccionismo arancelario y de la propia caída de la demanda derivada de la crisis, lo que permitió obtener superávit comercial.

En resumen, el resultado de la aplicación del modelo económico de la dictadura pinochetista es la agudización del subdesarrollo en todas sus facetas: 1) concentración de la propiedad corporativa y del poder económico; 2) dependencia externa tecnológica, comercial y financiera, y 3) concentración del ingreso y empeoramiento de las condiciones de vida de la población. En este último aspecto, es fundamental destacar el mayor nivel de desempleo, el aumento del grado de explotación, la caída de los salarios reales, la precarización de las condiciones de trabajo y el desmantelamiento del salario indirecto y diferido, con el resultado evidente de una degradación de las condiciones materiales de vida de la clase trabajadora y un agravamiento sustancial de la desigualdad.

Por fin, el capítulo octavo resume las conclusiones generales de la obra. Por

un lado, recuerda que el golpe y la posterior dictadura sirvieron para abortar la incipiente Revolución chilena a sangre y fuego. Por otro, insiste en que los hechos objetivos refutan el relato propagandístico del «milagro económico».

Tras el capítulo de conclusiones, el libro incorpora un brillante epílogo titulado *Ante la interminable transición continuista de la dictadura, ¡Chile despertó!* A lo largo de sus páginas, analiza críticamente la «transición» hacia la democracia en sus facetas más significativas. En primer lugar, recordando la continuidad del núcleo duro del régimen tras las elecciones de 1989 en la que fue nombrado presidente Patricio Aylwin, dirigente de la Democracia Cristiana que, previamente, había sido fundador de Falange Nacional y partidario declarado del golpe de Pinochet. Una continuidad que expresa un hecho esencial: la clase dominante chilena responsable directa del golpe y la dictadura no es expulsada, sino que se mantiene en el poder otorgando cesiones menores con el fin de contener la explosividad social y desmovilizar a la clase trabajadora. Esta dinámica gatopardista contó con la colaboración activa tanto de la socialdemocracia como del estalinismo presentes en el movimiento obrero.

La continuidad se aprecia en el ámbito institucional y político, con el mantenimiento de la Constitución pinochetista hasta la actualidad o, también, con los privilegios del dictador tras la supuesta democratización que le permitieron continuar como autoridad militar hasta 1998 y como senador hasta 2002. También en la indignante impunidad del aparato represivo estatal y sus ejecutores, quienes, gracias a la fraudulenta amnistía, lograron no ser juzgados, salvo en casos muy puntuales, por violaciones sistemáticas de los derechos humanos más elementales, incluyendo la tortura y el asesinato.<sup>3</sup> Y no sólo eso: en realidad, la represión congénita del Estado chileno, personificada en los carabineros y el propio ejército, sigue aplicándose impunemente, como ya vimos que ocurrió bajo el gobierno de Piñera en 2019, pero también con Boric como presidente, quien ha mantenido el estado de excepción en las regiones históricas del pueblo mapuche.

En el ámbito económico, las políticas no han variado sustancialmente tras 1990. La desregulación laboral y la privatización radical del sistema público de pensiones, aun con algunas reformas puramente superficiales, se mantienen incólumes. Y las políticas librecambistas siguen dominando la economía chilena a través de todo tipo de acuerdos bilaterales y multilaterales de carácter comercial, financiero y de inversiones. El resultado es que las deformaciones y contradicciones del capitalismo chileno ya explicadas (inserción primario-exportadora, concentración de poder e ingresos, desigualdad y precariedad...) no sólo no se han corregido, sino que, en realidad, nunca se han pretendido corregir.

Concluimos esta reseña recomendando enfáticamente la lectura del libro. No sólo porque es una herramienta de enorme valor para conocer la historia económica, social y política de Chile, sino porque ofrece las claves fundamentales para comprender la compleja, contradictoria y apasionante realidad actual de un país en el que la clase trabajadora, aunque aún no lo haya podido conseguir, continúa luchando valerosamente por hacer realidad aquellas inmortales palabras

<sup>3</sup> Hasta la fecha, las víctimas del terrorismo del Estado dictatorial chileno reconocidas oficialmente ascienden a más de 40.000, entre ellas, más de 3.000 ejecutadas o «desaparecidas».

de Allende:

Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el ser humano para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

## REFERENCIAS

ARRIZABALO, Xabier (1995): *Milagro o quimera: la economía chilena durante la dictadura*, Libros de la Catarata, Madrid.

ARRIZABALO, Xabier (2014): *Capitalismo y economía mundial*, Instituto Marxista de Economía, Madrid.

GILL, Louis (2022): *Fundamentos y límites del capitalismo*, Instituto Marxista de Economía, Madrid, 1996.

TROTSKI, León (1931): «El control obrero de la producción», disponible en [https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/08\\_31.htm](https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/08_31.htm)

Mario del Rosal  
Universidad Complutense de Madrid  
<https://orcid.org/0000-0001-9226-5791>  
mariodelrosal@ucm.es

Francisco Javier Murillo  
Universidad Complutense de Madrid  
<https://orcid.org/0000-0001-9663-1226>  
fjmurillo@ccee.ucm.es